

Albacoras

Tengo gran admiración, o talvez curiosidad, por los grandes peces o habitantes del mar. Recuerdo que en una ocasión permanecí una mañana entera contemplando en la playa de San Antonio un peje-zorro atrapado por los pescadores de ese puerto. Aquel extraño animal, con un cuerno cartilaginoso que medía por lo menos un metro y medio, me fascinaba y más que habitante del mar me parecía habitante de otro mundo. Otra vez, en Algarrobo, oída la noticia de que en la playa de las Dichas había varado una ballena, emprendí con otros amigos una caminata que empezó a las siete de la mañana y que terminó a las dos de la tarde. Llegados allá, no pudimos acercarnos al animal. Un hedor terrible nos dejó parados a dos cuabras de distancia, desde donde, cansados como perros, vislumbramos al rey de los animales -- rey por su tamaño --: una masa enorme, oscura y rojiza, flotaba y zangoloteaba sobre las últimas rompientes de la playa.

En un viaje que en 1927 hice de alto a bajo del país, pude contemplar a gusto las grandes y rollizas albacoras y no sólo pude contemplarlas sino que, además, debí comer ~~albacora~~ a todo pasto; su bajísimo precio hacía de él el preferido para los menús de los hoteles de segunda o tercera categoría. Llegó a tanto nuestro consumo de albacora, que un amigo nuestro, el actor Jorge Sallorenzo, tomó por ese animal una antipatía física irreductible: lo llamaba "pescado roto" y la sola vista de su rollizo cuerpo le provocaba terribles náuseas y arcadas.

Desde aquel tiempo (hace ya diecisiete años) no he probado, ni siquiera visto, un filetito de albacora. El domingo pasado, sin embargo, excitado por los continuos avisos periodísticos que nos aconsejan dedicarnos a la ictiofagia intensiva, encargué a mi cocinera, que iba a la feria -- a la feria, no al mercado --, trajera un poco de albacora. Regresó con triste cara:

--La albacora estaba a catorce pesos el kilo -- me dijo.

--¡Catorce pesos!

--Ni un cobre menos.

¡Adiós, ictiofagia! ¡Adiós, proteínas! ¡Adiós nuestros deseos de contribuir a la grandeza del país por medio del consumo de pescado!

Hubimos de recurrir a la ya resobada sobrecostilla, dejando para mejores días el consumo de albacora, así como hemos ido dejando para mejores días, para "in eternum" quizá, el consumo de frutillas, de chirimoyas, de paltas y de otros frutos y productos de esta tierra. Nuestra pobreza nos impide contribuir a la ^{riqueza} ~~grandeza~~ del país. Manuel Rojas

CELICH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Sucesión Manuel Rojas ©